



## IDENTIDADES Y VIOLENCIAS EN EL SER COLOMBIANO COMO CONSTRUCCIÓN HISTÓRICA Y SOCIAL

Guillermo Alejandro D'abbraccio Krentzer<sup>31</sup>

*“El olvido es una necesidad pero es también una estrategia”  
Paul Ricoeur*

En este artículo, que recoge abordajes teóricos provocadores de un proyecto de investigación que se realizó acerca de la construcción cotidiana de la violencia en el conflicto armado colombiano, entre los años 2004 a 2007, se partirá de problematizar y confrontar la obviedad de la violencia como situación inherente al ser humano, es decir, rechazar un cierto lugar común que asume a este fenómeno como un hecho natural y esencial a la naturaleza humana. Por ello, plantearé a lo largo de las siguientes páginas la necesidad de historizar, es decir, **pensar la violencia como un proceso histórico y construcción social/cultural**. Para llevar a cabo este cometido, es pertinente inicialmente observar la dificultad que entraña definir y caracterizar el fenómeno de la violencia, por una parte, así como encontrar y explicar sus causas.

Aunque los discursos sobre la violencia intentan precisar qué es lo que entienden por este término, no llegan nunca a definir claramente el fenómeno. Un número importante de autores define la violencia en términos de acción agresiva. En este caso no se alcanza una definición de violencia, sólo se la plantea en referencia a la agresión. Esto establece una vinculación inmediata con lo biológico, en la medida en que la conducta agresiva es considerada instintiva. En estos casos lo que se define es la agresión y no la violencia propiamente. Una perspectiva que muestra esto de manera ejemplar es la de Konrad Lorenz, quien define agresión como un *“instinto que lleva al hombre como al animal a combatir contra los miembros de su misma especie”* (Lorenz: 1998: 35).

Existen peligrosos argumentos que definen a la violencia como un fenómeno exterior a los individuos que se les impone y determina sus acciones de manera inevitable. Tales argumentos (peligrosos y sesgados), sostienen la inmanencia de la violencia en la naturaleza humana, por la que el hombre estaría condenado a la contradicción de ser violento y al mismo tiempo tener que horrorizarse de ello.

Existen diversos enfoques que presentan o entienden la violencia no sólo como una acción posible de llevar a cabo en situaciones concretas sino como una característica perdurable de ciertas personas, una “cosa” que alguien posee y de la cual no es capaz de deshacerse, una disposición de la personalidad muy arraigada que se extrema y perdura, lleva a pensar que la *“violencialidad”* no es una dimensión de una acción sino de ciertos tipos de sujetos. Al situar

---

<sup>31</sup> Profesor Asociado, adscrito al Departamento de Ciencias Humanas y a la Facultad de Administración de la Universidad Nacional de Colombia, sede Manizales.

las causas de la violencia en una supuesta disposición interna se desvía la atención de los contextos sociales, históricos y culturales en los que dichas acciones se producen y tienen sentido. La retórica de “etiquetar” a alguien como “violento” sitúa en algunos sujetos individuales las explicaciones de la violencia, lo que contribuye a debilitar el estatus factual de otro orden de explicación, por ejemplo, las que aluden al sistema social, político y/o económico, así como a las expresiones culturales presentes en el colectivo, en este caso el colombiano.

Es por medio de una retórica similar que se afirma que hay sociedades violentas. Las explicaciones sesgadas que presentan algunos académicos (con fuerte influencia más propia de la biología que de las propias ciencias sociales) son también variadas: puede que sea producto de una naturaleza propia de los seres humanos y del orden social que ésta conlleva, o puede ser una muestra de falta de civilidad, de cultura política, de buenos gobernantes, de polarizaciones ideológicas o de escasez de recursos o de injusticias sociales en la redistribución de la riqueza.

Desde esa particular mirada, la “**violencia**” no sería una dimensión propia de ciertos individuos sino de ciertas sociedades. La capacidad de ser violento sería común a los seres humanos, parte de esa supuesta naturaleza que nos dispone a aprender dicha conducta en ciertas condiciones sociales. En esta retórica, lo social aparece como un espacio “fuera” del alcance de los actores sociales, quienes aparecemos más bien como víctimas de un sistema que nos invade y determina, despertando unos instintos de los cuales no nos podríamos librar.

Siguiendo ambas explicaciones (eminentemente reduccionistas), los seres humanos pareceríamos condenados a ser al menos “violenciables”, es decir, seres violentos en una dinámica sujeta a leyes naturales, exteriores a nosotros. Una dinámica que no podríamos modificar, que nos determina sin que podamos aspirar a influir en ella.

Pero pienso todo lo contrario. Es decir, como investigador de las ciencias sociales, ubicado en un ámbito académico que estudia la cultura y sus mediaciones, manifiesto que, para “entender” y “**explicar**” la **violencia**, situaré el análisis en una perspectiva crítica que entienda la realidad y las categorías teóricas que usamos para explicarla **como producciones humanas**. Si partiéramos de argumentos de la psicología (que no es nuestro caso), se diría que hay **personas violentas**<sup>32</sup>. Pero dicho camino no podría ofrecernos una mirada amplia, sino que “reduciría” la o las causas principales de la violencia como si fuese un rasgo relativamente permanente que caracteriza a algunos “tipos” de personas y que las hace, bajo ciertas condiciones, “ponerse violentas”.

---

<sup>32</sup> Algún sector de la psicología (afortunadamente existen disidencias en el interior de su disciplina), explicaría esta situación de múltiples maneras: argumentando que la violencia es un producto de predisposiciones naturales en interacción con ciertos factores ambientales, o una muestra de inseguridad, un signo de inmadurez, falta de autoestima, impulsividad, debilidad del yo, modelo de conducta, etc.



Por el contrario, se requiere no caer en la trampa de dichos reduccionismos, por lo que es pertinente asumir el **carácter social/cultural de la violencia**, lo cual implica alejarse de los argumentos psicologicistas que señalan las causas y los efectos de la violencia en los sujetos individuales. Los colombianos no son “violentos” ni propensos a ser violentos, por lo que es preciso abandonar el análisis de la violencia en Colombia, como si se tratase de un fenómeno natural, es decir, negar que los colombianos “somos violentos por naturaleza” como cierta frase del sentido común<sup>33</sup> pretende generalizar, reflejando así el pesimismo que invade a muchos. Creemos que la violencia entonces ha sido producida en un contexto histórico y cultural específico<sup>34</sup>.

Me parece importante resaltar la idea de violencia como acto humano que implica una relación de poder y que, por lo tanto, pertenece al reino político de los asuntos humanos, y no al de los fenómenos naturales inherentes al proceso vital. Por lo tanto, la violencia siempre implica significado(s). La segunda idea para retener, se refiere al elemento común presente en las múltiples violencias, que tal vez pueda ser denominado como el de la destrucción, y no sólo la de bienes y cuerpos, sino también la destrucción del propio ser, de la identidad y del conjunto de relaciones sociales a las que pertenece el individuo. Es en estos dos conceptos -relación de poder y destrucción- donde podemos encontrar la articulación del análisis de la violencia, el cual reviste además un carácter relacional y específico en el tiempo y en el espacio.

Desde una perspectiva foucaltiana, una visión del poder presente en cada una de las prácticas sociales, asumiría el poder como base de las relaciones sociales, y la violencia una manera de ejercerlo. Por ello, es pertinente pensar y reflexionar la violencia como un campo conflictivo de significaciones e interpretaciones. Los significados de la violencia no son homogéneos, sino contradictorios (y relativos en un sentido amplio). Al estar insertos en estrategias de poder, la violencia es utilizada estratégicamente.

Para poder definir la violencia, me apoyaré en la obra de Martín Baró [1988: 24], quien afirma que es necesario considerar los siguientes presupuestos:

- a. La violencia presenta múltiples formas y entre ellas pueden darse diferencias muy importantes (por ejemplo, es diferente la violencia estructural y la interpersonal, aunque esta última podría materializar la estructural). Englobar todas las formas de violencia en una sola categoría correría el peligro de ser una simplificación distorsionante.
- b. La violencia tiene un carácter histórico y por consiguiente es imposible entenderla fuera del contexto social en que se produce. Este enfoque permitiría ponderar el significado concreto de cada acto de violencia con respecto a la totalidad social.

---

<sup>33</sup> Y aunque haga mucho “ruido”, existen muchos académicos que en Colombia todavía creen en la tesis del carácter natural de la violencia del “ser” colombiano.

<sup>34</sup> En el caso colombiano ¿acaso “pecaría” de osado si dijera que también es sui géneris?

- c. Existe una espiral de violencia, es decir, los actos de violencia social tienen un peso autónomo que los dinamiza y los multiplica. La agresión desencadena un proceso que, una vez puesto en marcha, tiende a incrementarlo sin que para detenerlo baste con conocer sus raíces originales<sup>35</sup>.

La violencia, entendida **como problema en una dimensión cultural**, más específicamente en el ámbito de los significados sociales requiere, desde nuestra perspectiva, que se le aborde en términos de proceso social, cuya dinámica se ve atravesada por relaciones de poder históricamente determinadas. Como bien afirma Foucault [1976: 114], en la aplicación de la violencia las diversas estrategias y mecanismos del poder se ocultan. Relaciones de poder entendidas además como prácticas insertas en las mismas raíces del tejido social. De ahí que se requiera entender las violencias como producción histórico- social.

Aunque las categorías que usamos (tanto cotidiana como disciplinariamente) concedan un grado de relatividad a la división de la violencia en categorías separadas, aceptan naturalmente su fragmentación instalándose y reproduciendo la dualidad público/privado tan propia de la racionalidad moderna. Esta dicotomía se reproduce a través de las explicaciones que cotidianamente se dan de la violencia y a través de los espacios de ejercicio en los cuales se definen. De ahí la convicción de aproximarse a la “violencia” como proceso histórico social, es decir, como producto social. Ya no como un fenómeno natural innato del ser humano, antes bien como algo “problematizable”. Se busca así rechazar el carácter “naturalizado” de la violencia e **indagar, en cambio, por las pistas de las herencias sociales y culturales que devienen en ella**. Considero más apropiado -por el contrario- demandar en la violencia colombiana su desnaturalización, pues tanto ella como sus significados, son el resultado de prácticas socio-culturales temporal y espacialmente situadas que adquieren sentidos en las relaciones de poder. Este enfoque reivindicará entonces el carácter político de la violencia, así como la premisa de que la violencia, como proceso social, se encuentra instalada en las prácticas y discursos cotidianos, así como que es definida por sus espacios de ejercicio.

2) Al estudiar un contexto tan particular como el colombiano, no es posible eludir las relaciones de poder que, siguiendo a Foucault (1976), son prácticas insertas en las mismas raíces del tejido social, actuando por medio de la regulación de los aspectos más íntimos y privados de nuestra vida, es decir, **constituyéndonos como sujetos**. De ahí que sugiero entender las “violencias” colombianas como prácticas relacionadas entre sí, como espacios de ejercicio de relaciones de poder constituyentes, produciendo distintos lugares que le sirven a la vez de soporte, de materialización y de espacios de producción.

La violencia no es un sello característico de ciertas personas y sociedades. No se trata de la insensatez de un individuo o de una propiedad de la naturaleza. Se trata de la colectividad que algunas veces se funda entre los “unos” y los “otros”, porque efectivamente ambos comparten normas, usos, significados, cotidianidades y conflictos. La violencia se destruye a sí misma en

---

<sup>35</sup> También se podría afirmar lo opuesto, es decir, que también la violencia tiende a disminuirla.



cuanto sociedad, ya sea por medio de la eliminación del otro, o bien en el empate que lleva a los acuerdos de paz que cambian el “*vencer o morir*” por relaciones protegidas, consensuales y duraderas (¿tranquilas?, ¿rutinarias?).

Lo anterior nos lleva a preguntarnos ¿de qué manera podemos entender la realidad violenta de una sociedad como la colombiana? Primero que todo, problematizando lo obvio, desnaturalizando a la violencia, cuestionando las débiles premisas de que la “naturaleza humana” de los colombianos tiene la característica de ser violenta. Siguiendo a Guthman (1991), los saberes convencionales acerca de la violencia fragmentan la realidad, la naturalizan, a la vez que tratan de clasificar y jerarquizar las múltiples violencias. Hacen así una operación ideológica, en que se ocultan las razones y las dinámicas de la emergencia del fenómeno.

Por el contrario, reitero, entenderé el fenómeno de la violencia como resultante de una totalidad histórica y de prácticas sociales generadoras de conflicto, lo cual desde el punto de vista político, implicaría que la violencia deriva de relaciones de poder y se articula con determinadas prácticas sociales, que tienen un contenido histórico y se relacionan con procesos locales y mecanismos más amplios y globales, como el narcotráfico.

Las significaciones e interpretaciones sobre la violencia son múltiples y cobran sentido en los entramados de las relaciones de poder. A partir del posicionamiento que se adopte dentro de estas relaciones de poder, se producirán interpretaciones diferenciadas sobre la violencia junto a un discurso que le da legitimidad. Por ejemplo, el Estado, para Weber, tiene el monopolio de la violencia legítima. Es decir, que no sólo puede desplegar violencia sino además que es su deber, pues es considerado como un medio para lograr un fin: mantener el orden y su propia reproducción como Estado, la democracia, etc. Sin embargo, la violencia puede ser también desplegada por los sectores oprimidos, tornándose en una lucha de resistencia al poder.

La violencia no puede ser vista como un fenómeno neutral, resultante e inseparable de la naturaleza misma de los seres humanos o las sociedades. Ella nace de relaciones de poder y dominación y por ellas es enmarcada y, por lo tanto, toma formas propias, diferenciadas según los objetivos que le son asignados por los grupos sociales, ya sean dominantes o dominados. Además, la violencia tiene necesariamente un carácter histórico, estando determinada por las relaciones de poder y dominación particulares que se forman en cada periodo histórico y en cada sociedad.

El foco de atención de las situaciones extremas que resultan de los procesos de dominación en nuestros países latinoamericanos, nos lleva a reconocer la existencia de relaciones de poder y violencia en el cuerpo social. Obviamente, cabe distinguir formas de dominación y violencia ejercidas en regímenes dictatoriales (como las del cono sur en la guerra fría) o en sociedades que no han logrado todavía un padrón democrático de convivencia social (como continúa siendo el caso colombiano, una democracia “ficticia”, “de papel” y limitadamente “formal” y no real).

---

<sup>36</sup> Desde esta lógica, la conducta violenta sería comprendida y explicada a partir del individuo, siendo el contexto social el ‘ambiente’ que refuerza o bien castiga aquellas acciones.

No obstante, para analizar a la violencia misma y a los efectos que ella causa, es pertinente asumir que la sociedad sólo existe a través de las prácticas de los individuos y éstos existen como seres sociales a través de la producción de la sociedad. Esto es un proceso relacional en el que no es pensable la existencia de una realidad social independiente de nuestras prácticas, se trata de un proceso dialéctico. Caso contrario, podríamos caer en los planteamientos del “positivismo lógico” que consisten en la afirmación de la existencia de la realidad como algo independiente de la acción humana. Por tanto, partiendo de este **proceso relacional entre individuo y sociedad**, no es posible “pensar” la existencia de una realidad social independiente de nuestras prácticas. Ya sea por parte de los dominadores como de los dominados, se genera permanentemente nuevas formas de poder. En América Latina, violencia, cultura y poder suelen ser momentos de una misma relación de dominación, cuya realidad se impone sin que se ejerza la violencia infinita. Así mismo, al situar la mirada en las acciones y voluntades individuales no puede dejarse por fuera las reproducciones del orden social<sup>36</sup>.

Cuando desde este marco se alude al individuo, se entiende, en términos generales, al individuo *en tanto miembro de un grupo social*. En otras palabras, se apela a la concepción del ser humano como una construcción histórica, como producto de particulares relaciones sociales sostenidas en un contexto socio-histórico contingente. En este sentido, no es el “ser” colombiano por sí mismo el que construye (o destruye), sino más bien son las particulares “prácticas sociales” las que posibilitan y limitan el campo de construcción de realidad, entendiendo por prácticas *“secuencias de actos contextuales determinados desde una perspectiva sociohistórica y dirigidos a la construcción de objetos, la producción de sentido y a la articulación de relaciones”* (Vázquez: 2001:324).

Si bien los actos de los individuos producen la realidad social y sus significados, ello no supone que las acciones de todos tengan la misma densidad social, es decir, que no haya dominados y dominantes, pues las prácticas sociales se inscriben en un particular contexto histórico-social particular, en tanto condición de reproducción y producción social, de continuo dinamismo y conflicto, como bien lo plantea Guthman (1991: 43).

Acerca del origen de la violencia, es menester señalar que sus discursos están marcados por una constante búsqueda de sus causas. Las explicaciones que se dan sobre este fenómeno marcan posturas epistemológicas diferentes y tienen como consecuencia distintas propuestas de abordaje. Es importante señalar aquí que los enfoques explicativos de la violencia pueden agruparse en tres clases o grupos según el tipo de argumento que desarrollan:

a) **Argumento biológico** (interior al ser humano): según este argumento, la violencia se explica como un fenómeno que es intrínseco a la naturaleza de las personas. La violencia sería expresión de fuerzas instintivas. Al respecto Martín Baró afirma: “El ser humano es considerado como una especie de animal, con sus peculiaridades, sí, pero parte y producto de la evolución de las especies y, por tanto, sujeto a las mismas leyes básicas” (Martín Baró, 1985). Un ejemplo de este argumento lo encontramos en la explicación de la agresión de Lorenz, quien define agresión como un “instinto que lleva al hombre como al animal a combatir contra los miembros de su misma especie” (Lorenz: 1971).



b) **Argumento ambientalista** (exterior al ser humano): este argumento enfatiza la importancia de los factores ambientales y situacionales en la determinación de acciones violentas. Scott, siguiendo este argumento, afirma que “los resultados de todas las investigaciones apuntan al hecho de que no hay pruebas fisiológicas de alguna necesidad interna o de alguna fuerza pulsional espontánea hacia la lucha; toda la estimulación hacia la agresión procede de las fuerzas presentes en un medio ambiente externo” (citado en Hacker, 1973). Un ejemplo de este argumento se encuentra en las teorías de la frustración-agresión de Dollard y Miller (1939), según el cual la conducta agresiva supone la existencia previa de una frustración.

c) **Argumento interactivo** (exterior e interior al ser humano): según este argumento, la violencia se explica por la interacción entre factores interiores y exteriores a las personas. Las condiciones sociales desencadenan los factores instintivos, que en otras circunstancias permanecerían latentes. Un ejemplo de este argumento se encuentra en las reflexiones de Fromm: *“La pulsión orgánica hacia la lucha constituye un forma de violencia defensiva que está al servicio de la supervivencia del individuo y de la especie, es biológicamente adaptativa y cesa cuando cesa la amenaza a los intereses vitales del individuo”* (Fromm: 1975; cfr Baró, 1988). En cambio, hay otro tipo de violencia, la que Fromm califica como *“agresión maligna”*, que es una pulsión no orgánica y que lleva a la destructividad y crueldad propias del hombre. Puesto que la agresión maligna no es heredada genéticamente, *“el problema consiste en examinar en qué modo y grado son las condiciones concretas de la existencia humana causantes de la calidad e intensidad del placer que el hombre siente matando y torturando”* (Fromm: 1975; cfr Baró, 1988). Los dos primeros argumentos se plantean como posturas contrapuestas y el tercero se presenta a sí mismo como una explicación que las integra a ambas. Sin embargo, los tres argumentos se mantienen en una misma discusión, que busca situar las causas de la violencia en un *adentro*, un *afuera* de los individuos o una interacción entre ambos. Por otro lado, estas tres líneas explicativas asumen a los individuos como actores que ejercen la violencia.

Cabe señalar someramente el hecho de que teóricos del conflicto como Simmel y un continuador de sus postulados, Lewis Coser, enfatizaron las **posibles funciones positivas del conflicto** en oposición a los teóricos funcionalistas que lo consideraban destructor y desintegrador. Para Coser, varios son los aspectos con los que el conflicto en su función positiva contribuye al ajuste y mantenimiento de las estructuras sociales. La violencia entonces encarna aspectos funcionales, por ejemplo, la violencia como logro es para Coser (1970), la posibilidad que tienen ciertos grupos de acceder mediante su uso a estatus más altos cuando se les impide usar los canales legítimos y también los ilegítimos para la obtención de sus logros. La violencia como señal de peligro la enuncia como *“los seres humanos -los que no están entrenados sistemáticamente en el uso de la violencia legítima o ilegítima- recurrirán a la acción violenta sólo bajo condiciones extremas frustrantes, perjudiciales para el yo o generadoras de ansiedad”* y, agrega, *“si su incidencia aumenta, sea en toda la sociedad o en algunos sectores, es que puede considerársele como una señal de grave desajuste”* (Coser: 1970: 73).

### 3. EL PARADÓJICO MUNDO SOCIAL COLOMBIANO

¿Qué hay en una sociedad que convive con la violencia desde la génesis de su historia nacional? ¿Qué orden social y cultural se construye y reproduce entre actores armados y no armados? ¿Qué regularidades tipifican y “normalizan” peligrosamente la violencia en la vida social cotidiana? Para responder dichos interrogantes, es pertinente indagar en los procesos de formación de subjetividades en donde los colombianos construyen espacios y prácticas sociales que les permiten transitar con relativa suficiencia entre la tensión y la interacción. Colombia constituye una paradoja latinoamericana, es decir, es un caso excepcional en el escenario latinoamericano. Es el país de la región que más conflictos armados ha tenido que soportar en su historia nacional. Además, el conflicto armado en el que actualmente está inmerso es el más largo de las guerras vigentes en el mundo occidental, pues diversos analistas coinciden en la resistencia y huida de 48 familias campesinas de Marquetalia (Tolima) y su posterior conformación de un colectivo guerrillero que devendrá en las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC).

Pero a esta excepcionalidad señalada es posible situar diversas paradojas. Y es que, además, vale señalar que Colombia tiene una larga historia de confrontaciones violentas. En efecto, los diversos conflictos que se han producido en los siglos XIX y XX, se dieron “dispersos” por todo el país, con variada intensidad en distintas zonas. Resulta diciente que semejante sobrecarga conviva con -y a veces refuerce- las tradiciones republicanas y el Estado “formal” de derecho. En Colombia ocurren 77.4 muertes violentas por cada 100.000 habitantes, el promedio más alto en el continente. En 1995, se cometieron en Colombia más asesinatos que en toda Europa (El Tiempo, 2003: 3A). A excepción de lo que estadísticamente se denomina “otras causas”, la violencia se ha convertido, desde mediados de 1980, en la principal causa de muerte en Colombia. En 1984, el número de defunciones por violencia, según cifras oficiales, alcanzó 20.235 víctimas. Seis años después, en 1990, las muertes por homicidio ascendieron a 24.300; el siguiente lustro aumentaron a 25.400 por año y, al final del año 2003, la cifra se elevó a 26.600 anuales. Cuatro guerras civiles en el siglo XIX<sup>37</sup>, dos más en el XX. Cerca del 4% de su población asesinada en la guerra de los mil días (1899-1902), más de 200.000 muertos en “La Violencia” (1948-1958), un millón y medio de desplazados, 8.000 desaparecidos en las dos últimas décadas, según diversos cálculos (Sánchez, 2002: 55; Cubides, Olaya y Ortiz, 1998:33; Sarmiento Anzola, 2001:24)<sup>38</sup>. Todo ello llevaría a considerar que el “problema colombiano” trasciende sus fronteras y se convierte en un asunto de interés del mundo latinoamericano.

---

<sup>37</sup> El historiador Fabio Zambrano considera que, desde los comienzos de nuestra historia Republicana, “se impusieron la diversidad geográfica, la multiplicidad de intereses, la heterogeneidad étnica y cultural, diferencias que no lograron ser ocultadas. Predominaron las fuerzas dispersoras y divisionistas de lo político, lo cual se convirtió en el vehículo que potenciaba todas las diferencias. La política, vista como conjunto de subculturas, comienza a dividir entre liberales y conservadores a los miembros de la nación. La lectura que se hacía entre sí estaba mediada por la frontera religiosa y por ello, los liberales eran vistos como “come-curas”, perseguidores de la Iglesia católica” (Zambrano, 1989: 33).





La interacción en el mundo social colombiano se construye conflictivamente y se negocia asimétricamente en el día a día de sus pobladores. Por ello una cierta anarquía es el propio orden social en el que el predominio militar de un grupo armado (al igual que las lealtades que despierta), es tan frágil que las complicidades y alianzas configuran el sinuoso caminar por la temida repetición de la violencia y el terror banalizado. Pero parto de una premisa fuerte: la presencia del conflicto ha sido una constante a lo largo de la historia humana. En la medida en que somos individuos con deseos, valores, intereses y necesidades distintos, y en que habitamos un mundo en el cual debemos compartir o disputar los medios y recursos elementales -y a veces escasos- de la vida, nos hallamos sujetos a la posibilidad del desacuerdo y la confrontación. Pero en el caso de una sociedad colombiana “violentada”, la tendencia de los conflictos confluyó hacia la degradación del tejido social<sup>39</sup>.

Pero, ¿cuáles son los motivos culturales que impiden la resolución de nuestros conflictos, dentro de ciertas reglas y según ciertos rituales, que no impliquen necesariamente el derramamiento de sangre? ¿Qué nos lleva a querer eliminar, como actores sociales y por métodos violentos, al otro como sujeto diverso? Ello nos lleva a revisar las relaciones entre cultura y violencia, que no es más que identificar las maneras como las sociedades transan -en términos simbólicos e históricos- con su propia violencia. El supuesto del que partiré es que el conflicto y la violencia en Colombia tienen su propia regularidad y estructura que permiten tipificar y normalizar la vida social, aunque sea sólo para sobrevivir, surgiendo así las estrategias cotidianas de la población civil.

Si estamos de acuerdo en el hecho que la muerte en Colombia es excesiva, no sólo es por la cantidad de muertos producidos por esta sociedad, sino por lo excesivo de la carga simbólica inscrita en las maneras utilizadas para ejecutarla, y de las formas simbólicas (el lenguaje, por ejemplo), para nombrarla y para narrarla [Blair: 2003:76]. Y es finalmente excesiva, en las ceremonias funerarias y en los ritos de la muerte que utiliza para tramitarla, ritos que terminan por agotar su eficacia simbólica que los asiste al volverse cotidianos, esto es, al hacer de algo extraordinario<sup>40</sup>, una práctica rutinaria<sup>41</sup>. El tema de la cultura ligado a la violencia, todos lo sabemos, es suficientemente complejo y “oscuro”, nos advierte la profesora Elsa

---

<sup>38</sup> Las inquietudes que despierta en la comunidad internacional el “problema colombiano” son diversas: ¿Es posible que Colombia represente el principal factor de desestabilización regional afectando la seguridad del conjunto del hemisferio occidental? Actualmente, Colombia constituye uno de los pocos casos que restan en el mundo de lo que se ha denominado “conflictos armados prolongados”, puesto que tras la finalización de la guerra fría, el mundo asiste a la evidente disminución de conflictos armados: ¿por qué persiste entonces el enfrentamiento en Colombia? Esa no es cualquier pregunta: tal vez es “la” pregunta más importante que nos compete a todos los que nos duele este singular país desangrado.

<sup>39</sup> Según Pizarro (2004), el conflicto armado colombiano se caracteriza por ser interno, irregular, prolongado y con raíces históricas de índole ideológica y política. De lo que no cabe ninguna duda, es que dicho conflicto no está fundado en identidades primarias, sean éstas de orden étnico, religioso o lingüístico. En la especificidad colombiana, el cóctel resulta explosivo: actores armados con un dominio territorial amplio pero difuso, violaciones sistemáticas de los derechos humanos, etc. Aunque hay otros muchos países violentos, la especificidad colombiana podría consistir en las siguientes características: altos grados de descentralización en el ejercicio de la violencia, impunidad, inestabilidad en las reglas del juego e incertidumbre. El aparato de justicia colombiano enfrenta una sobrecarga catastrófica que no da abasto con la ola de criminalidad.

Blair, pero se requiere desentrañar los contextos de significación en los cuales se produce la interacción entre la población civil desarmada y los actores armados. Y ello bajo la premisa de que el eje de la confrontación es el conflicto armado y, además, que toda la interacción social está atravesada por él. La fenomenología, por ejemplo, nos proporciona herramientas conceptuales claves para pensar el mundo de la vida cotidiana en una sociedad determinada. Pero -y he aquí un pero significativo, un pero notable, ergo, un pero inmenso- el mundo social colombiano estaría rompiendo paradójicamente con los supuestos fundamentales de la vida cotidiana en las sociedades (si seguimos aquí a la sociología fenomenológica): si el mundo de la vida se caracteriza -según Schutz- por domesticar la incertidumbre a través de la confianza, la "no problematización", la evidencia, la actitud natural y la tipicidad (elementos que le ofrecen estabilidad y orden a la realidad de la vida cotidiana), el caso colombiano en cambio "refutaría" esas premisas: en dicho país la incertidumbre es "la única certeza".

¿Paradójico? Por supuesto que sí. Porque la resolución violenta de los conflictos en Colombia tiene su propia regularidad y estructura, lo cual permite tipificar y normalizar la vida social aunque sea sólo para seguir viviendo, sin más pretensiones que "llegar a viejos". De este modo es que emergen las recetas a modo de acervos de conocimientos (siguiendo la obra fenomenológica pionera de Schutz) que les ofrece -vía memoria colectiva y herencia social- la experiencia necesaria para saber cuándo hablar y cuándo callar, cuándo bajar la mirada y no preguntar más de la cuenta, cuándo denunciar un caso especial a la guerrilla o a los paramilitares -en vez de acudir al Estado- o así mismo, "olfatear" el mejor momento para involucrarse en un grupo armado determinado. En ese mundo social colombiano, caracterizado como "negador de la otredad" y proveedor de una caja de herramientas para la "cultura de la desconfianza", los actores sociales optan por apostarle a proyectos de vida sin futuro, es decir, a un "no futuro": ingresar al laberíntico -y suicida- campo minado del paramilitarismo, guerrilla o narcotráfico. Al observar la vida cotidiana, cabe preguntarse por los intereses del actor social o agente, lo cual implica tomas de decisión por diversos caminos o proyectos de vida.

¿Cómo hacer uso de la fenomenología para dar cuenta del problema de las violencias y conflictos colombianos? En primer lugar, cabe considerar que si el mundo de la vida en Colombia, implica que uno debe "compartir" con semejantes que portan armas, asesinan sin piedad y ejercen un control social sobre mi conducta, entonces resulta pertinente preguntarse por qué y de qué manera pobladores desarmados (campesinos o ciudadanos) pueden convivir, resistir y seguir sus vidas restringidos en su mundo "público" y delimitados a una mayor

---

<sup>40</sup> Lo "ordinario" o común en situaciones "normales" sería morir de "muerte natural".

<sup>41</sup> En "The Forest of Symbols (1967) y en "The Ritual Process" (1969), Victor Turner entiende los significados rituales como códigos de significado social con una influencia inmensa en la mente. Siguiendo entonces a Turner, la concepción del ritual se asume como un sistema total de símbolos, y el símbolo ritual es definido como "la unidad más pequeña del ritual que todavía conserva las propiedades específicas de la conducta ritual". Cabe señalar entonces la diferencia entre ceremonia y ritual, indicando que la primera es confirmatoria y el segundo transformatorio. Si bien el ritual de la muerte expresa situación de conflicto, recordemos aquí que la función de éste (siguiendo a Durkheim), es lograr que los individuos acepten su destino en la vida, es decir, que asuman los papeles que la sociedad les asigna, al mismo tiempo que como ritual adapta a los individuos a los valores incontrovertibles de la vida social.



autonomía solamente en su espacio privado. Si el mundo intersubjetivo es construido, según la fenomenología, por todos los actores, cabe preguntarse si aquellos que no tienen armas (léase voz, entiéndase “poder defenderse”), tienen alguna injerencia o no en la construcción del orden social en el que viven. En segundo lugar, porque desde la fenomenología puedo considerar el carácter presupuesto del mundo de la vida cotidiana de pobladores, narcos, guerrilleros y paramilitares, es decir, observar los significados y construcciones sociales que anteceden y conforman las normas de la vida social, percibiendo -sin embargo- la necesidad de prestar atención y tener sumo cuidado en las observaciones de las actitudes “naturales”, es decir, si los pobladores realmente toman o no las cosas de manera aproblemática y acrítica. Podría agregar que, en el caso colombiano, la premisa de la seguridad no se cumple: la incertidumbre es la única certeza, el orden social se encuentra atravesado por la violencia armada y la cotidianidad -que para otras sociedades podría implicar tranquilidad y seguridad como reflejo de la “normalidad”- en esa anarquía ordenada llamada Colombia no se presenta de ese modo, pues el mundo social de sus gentes se construye permanentemente, fluye y no se estaciona. En tercer lugar, el uso de categorías fenomenológicas como las tipificaciones permite indagar en el conocimiento del mundo -natural y social- lo cual supone construcciones sociales propias de la interacción intersubjetiva. Los colombianos adoptan actitudes y comportamientos y adquieren conocimientos a partir de lo observado y lo aprendido del mundo de sus antepasados (lo que sociólogos y antropólogos denominan la “herencia social”). En este punto es donde cabe ubicar la importancia de la memoria colectiva, pues los pobladores, en su interacción con los guerreros utilizan tipificaciones (léase aquí “marcos cognitivos”) y también recetas (por ejemplo: prevención en el proceder y reglas de conducta). Cabe preguntarse, además, si ese mundo cultural es o no transformado y de qué manera, es decir, si se crean nuevas respuestas y, por ende, se llega a modificar las tipificaciones y recetas, como diría Schutz, desde una perspectiva fenomenológica.

En los espacios de interacción entre pobladores desarmados con los armados (ya sean estos guerrilleros, paramilitares, narcotraficantes o miembros del ejército), los primeros han “aprendido” a comportarse en esas relaciones “ellos” para sobrevivir, mientras que en su mundo más cercano, el de las relaciones “nosotros” se relajan, se sienten seguros, pues es solamente al interior de su hogar y con los más allegados (familia y los “verdaderos” e íntimos amigos) donde pueden expresarse naturalmente y sin control alguno de los agentes armados. Es en ese mundo “ellos” -tan lleno de peligros, pues constituye la jungla de la anarquía-, donde el poblador hace gala de su destreza y experiencia, pues interioriza las tipificaciones y recetas a modo de interacciones normativas, nada más y nada menos que para volver sano y salvo por la noche a su hogar. La tenebrosa familiaridad de los colombianos con la muerte es un repertorio de conocimientos disponibles, es decir, un “acervo de conocimiento a mano”. No otra cosa es que los abuelos en su infancia escucharon sobre la guerra de los mil días (1899-1902) en la que combatieron sus antepasados, pero también sufrieron en carne propia los conflictos de los años treinta del siglo veinte y algunos hasta combatieron en la época de “La Violencia” partidista liberal-conservadora (1948-1960).

Así mismo, la generación de los padres (contemporáneos), ubicados en edades comprendidas entre 30 y 50 años, han oído esas macabras historias, pero también algunos vivieron la muerte en la guerra posterior a 1964 con el advenimiento de las guerrillas y, la mayor parte, alcanzó a sufrir la emergencia de carteles de la cocaína en los ochenta, así como

a los sanguinarios Fidel y Carlos Castaño y de igual modo -vuelve y juega-, después de los noventa presenciaron toda una nueva legión de neoguerreros (léase los que nunca se desmovilizaron desde el año 2004 y siguieron luchando desde los escuadrones de la muerte neoparamilitares y nuevos narcos). Y, finalmente, los niños y jóvenes (sucesores), quienes siguen inmersos en un mundo violento, ya una guerra de narcos, denominada por dos profesores de la Universidad del Valle como propia de “dinosaurios depredadores” (Salazar y Castillo: 2001). En síntesis, “tres mundos” que saben de primera mano qué significa morir y no precisamente de forma “normal”.

En ese sentido ¿por qué un colombiano “ingresa” al mundo del paramilitarismo, la guerrilla o el narcotráfico y asume de ese modo enormes riesgos? Las experiencias del yo biográficamente determinado del actor social (Schutz: 1993) implica no solamente imposición de los elementos del mundo presupuesto, sino también control o descontrol de otros elementos y factores. El actor nunca tiene una conciencia plena de todos los elementos que están determinando el proceso de elección, no es necesario que los tenga para poder decidir.

El recurso a la violencia es, precisamente, uno de los recursos más corrientes que se encuentran a disposición de los actores en el conjunto de sus estrategias de transacción. Como bien afirmó un entrevistado en el trabajo de campo de investigación del que se deriva este artículo: “La violencia es lo más democrático que hay en Colombia, pues todo el mundo la ejerce”. En una sociedad fragmentada, desprovista de una simbología nacional, con inmensas desigualdades, marcada por la desconfianza respecto al Estado, la violencia constituye el único recurso que unos actores, social y políticamente desiguales, pueden utilizar de manera similar. Se evidencian órdenes fácticos de dominación con escasa legitimidad, por lo menos entre el grueso de la población civil o no armada. Existe entonces una forma de intercambio, a través de la cual se garantiza la protección de ciertos intereses como contrapartida a la sumisión transacciones asociadas a la violencia que parecen inscritas en el orden de las cosas y banalizan los fenómenos de violencia.

Contrario a un caso de hegemonía (a lo Gramsciano) y de legitimidad (a lo Weberiano), que necesariamente suponen adhesiones ideológicas, se evidencia en Colombia que, exceptuando a los guerreros mismos y algunos otros actores ideológicamente convencidos de las supuestas “ventajas” (económicas) de la guerra, la mayoría de colombianos respeta y obedece el orden social violento impuesto, no por convicción, sino por coerción y amenaza permanente de la violencia. Lo que aquí se evidencia, es que no hay hegemonía sino predominio militar, no hay legitimidades sino imposiciones -vía el terror- y, en síntesis, que no hay órdenes consensuales sino órdenes fácticos. Además, como es de todos conocidos pero nunca ha sido objeto de “sinceridad” o “sinceramiento” por parte de una ambigua sociedad colombiana: esto es, que los paramilitares y narcotraficantes comparten intereses comunes, ambiciones y motivaciones semejantes, siendo prácticamente un solo grupo. La diferencia entre ellos se encontraría en que, mientras los paramilitares han establecido en muchas partes del país un orden fáctico, es decir, una justicia paraestatal, los narcos, aún compartiendo y aprobando este orden social, buscan predominantemente la extensión y éxito de sus negocios. Los miembros de los carteles y de los bloques paramilitares, por ejemplo, se encuentran articulados con la economía local, participan en ceremonias religiosas, envían a sus hijos a las escuelas, “invierten” en los municipios, apoyan a un candidato de sus preferencias en las elecciones locales (y adivinen



quién triunfa), solucionan problemas familiares, ofrecen “empleo”, cancelan los velorios y las cuentas de servicios atrasados de sus grupos de allegados, hacen donativos, etcétera.

Por ello, desconfiar es una virtud, condición mínima para seguir viviendo, en tanto las relaciones comunicativas se hacen cada vez más distantes. Las relaciones ya no se hallan mediatizadas por ninguna forma de simbolización, sino que se pasa a las formas de violencia directa. Vale la pena traer a colación aquí a Elsa Blair (2003: 23):

“La violencia es mucha, es excesiva, y muchos son los símbolos que la nombran pero ellos en su exceso no comunican. La violencia, a un nivel de excepcionalidad como el que padecemos en Colombia, provoca la negación de la violencia, su sustracción: es como si no estuviera ocurriendo o, peor aún, como si ella ocurriera en otra parte. Su exceso la vuelve improbable. Y la inflación del símbolo en la violencia hace que lo que está acaeciendo en la realidad no ocurra en la palabra y, en consecuencia, no se nombre, se niegue”.

No ver lo que no conviene, no preguntar más de lo pertinente, no protestar en ámbitos de intereses de los armados, no escuchar donde no lo han llamado, entre otras prohibiciones municipales, constituyen experiencias socialmente aprendidas por pobladores urbanos y campesinos. Sin embargo, de puertas para adentro, en la intimidad del hogar, la prevención de los ciegos, sordos y mudos en un conflicto largo, intenso e irregular se disipa. De igual modo, el rumor, el chisme y el humor se manifiestan como espacios “aliviadores” de las presiones cotidianas.

Todo miembro nacido o educado dentro del grupo acepta el esquema estandarizado ya elaborado de la pauta cultural recibida de sus antepasados, maestros y autoridades como una guía indiscutida e indiscutible en todas las situaciones, que se dan normalmente dentro del mundo social (Schutz: 1974). Esta concepción cultural del mundo incluye los supuestos “obvios” pertinentes a un grupo social determinado. El pensar habitual puede ser mantenido mientras confirmen su validez ciertos supuestos básicos: 1) que la vida, especialmente la vida social, seguirá siendo la misma que hasta ahora; es decir, que volverán a presentarse los mismos problemas, que exigirán las mismas soluciones y que, por lo tanto, nuestras experiencias anteriores bastarán para dominar las situaciones futuras; 2) que podemos confiar en el conocimiento recibido de nuestros padres, maestros, gobiernos, tradiciones, hábitos, etc., aunque no comprendamos su origen y su significado real; 3) que en el curso ordinario de las cosas basta, para dominar o controlar los sucesos que podemos encontrar en nuestro mundo de la vida, saber algo acerca de su tipo o estilo general; y 4) que ni los sistemas de recetas como esquemas de interpretación y expresión, ni los supuestos básicos subyacentes que acabamos de mencionar, son asunto privado nuestro, sino que son igualmente aceptados y aplicados por nuestros semejantes (Schutz: 1974).

Con un precedente como éste, el manejo de la receta, según Schutz, resulta en definitiva crucial, con miras a orientar lo que serán las acciones futuras; el campo de relación se va haciendo estrecho, pero como se verá, en últimas esa actitud recaerá sobre quienes la incitaron, es decir, sobre la guerrilla misma; en adelante, ese actor armado podrá ser también objeto de distanciamiento, de reprobación a sus actos, lo que plantea una disyuntiva de aceptación entre los que en definitiva asumen una militancia -algunas veces abierta otras no

tanto-, y los que no están de acuerdo con la presencia y los actos de la insurgencia guerrillera. Estas dos posiciones, más una tercera de matices ambivalentes al respecto, configurarán tipologías del habitante urbano y rural en el municipio. Lo anterior significa, en suma, que el puente que separa los rencores que un poblador puede tener por el asesinato de un ser querido es muy corto respecto a la posibilidad que este actor/poblador se decida a colaborar con el grupo armado contrario para cobrar a su modo una deuda de sangre o venganza.

Guerra y política, orden y violencia, violencia y democracia y, en el límite, vida y muerte, son algunas de las múltiples oposiciones y complementariedades a partir de las cuales se hace descifrable la historia colombiana (Sánchez: 2002:13). A decir verdad, si hay algo que obsesiona en el devenir histórico y en la cotidianidad de este país es la no resolución de los contrarios, su terca coexistencia, como si formaran parte de una cierta disposición natural de las cosas. Sólo de manera coyuntural, en momentos de aguda crisis, polaridades como ésta de guerra y política se sienten socialmente y se perciben intelectualmente como relaciones problemáticas (Sánchez: 1991: 14).

## BIBLIOGRAFÍA

Arendt, Hannah. "Sobre la violencia" En: *La crisis de la República*. Taurus. Madrid, 1973.

Baró, I. Martín. *Psicología Social de la Guerra*. San Salvador: UCA Editores, 1988.

Bejarano, Jesús, Echandía, Camilo. *Colombia: inseguridad, violencia y desempeño económico en las áreas rurales*. Universidad Externado y FONADE, Bogotá, 1997.

Berdal, Mats y Keen, David. *Violence and Economic Agendas in Civil Wars: Some Policy Implications*. Millennium: Journal Of International Studies. V. 26, N° 3, 2002.

Berger, P y Luckmann. *La construcción social de la realidad*. Amorrortu editores. Buenos Aires, 1968.

Blair, Elsa. *Muertes violentas: la teatralización del exceso*. Iner. Editorial Universidad de Antioquia. Medellín. 2004.

Castillejo, Alejandro. *Poética de lo otro: Antropología de la guerra, la soledad y el exilio interno en Colombia*. Bogotá. Ministerio de Cultura. Icanh. Colciencias, 2000.

Certeau, Michel de. *La invención de lo cotidiano*. Nueva Ed. México. 1996.

Collier, Paul, Anke, Hoeffler y Mans, Soderbom. *On the durations of the civil War*. The Work Bank, Centre For de study of African Economics. Washington, D.C., 2001.

Coser, Lewis. *Las funciones del conflicto social*. Fondo de Cultura Económica. México, 1985.

Coser, Lewis. *Nuevos aportes a la teoría del conflicto social*. Editorial Amorrortu. Buenos Aires, 1970.

Cubides, Fernando, Olaya Cecilia y Ortiz, Carlos. *La violencia y el municipio colombiano 1980-1997*. Centro de Estudios Sociales. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá, 1998.

Foucault, Michel. *La historia de la sexualidad*. Siglo XXI. Madrid, 1976.



Foucault, Michel . *El orden del discurso*. Tusquets. Barcelona, 1999.

Geertz, Clifford. *La interpretación de las culturas*. Gedisa. Barcelona, 1996.

Gledhill, John. *El poder y sus disfraces*. Ediciones Bellaterra. Barcelona, 2000.

Lechner, N. *Las sombras del mañana: la dimensión subjetiva de la política*. LOM Ediciones. Santiago, 2002.

Lorenz, Konrad. *Sobre la agresión: el pretendido mal*. Siglo XXI editores. 20ª Edición. México, 1998.

Montagu, Ashley. *La naturaleza de la agresión humana*. Alianza Universidad Editorial. Madrid, 1999.

Piper, Isabel. *Las huellas de la memoria*. Tesis Doctorado Psicología social Universidad Autónoma de Barcelona. Barcelona, 2004.

Piper, Isabel. "Introducción teórica: reflexiones sobre violencia y poder". En: *Voces y ecos de la violencia*. Editorial Ces. Santiago de Chile, 1998.

